EL ENCUENTRO.

Concha se encaminó en su coche muy temprano á la casa de las Recoletas de A. . . . Vestida negro y con una boneta de terciopelo y abalorio sobre sus rebeldes cabellos rubios no parecía la de antes. Iba agitada como una chiquilla por esa inquieta timidez que padecen las gentes mundanas cuando tienen que pedir algún favor á las buenas gentes de iglesia. Más de una vez se había preguntado: pero ¿qué voy á decirla?—y estuvo al punto de gritarle al cochero: ¡vuelta á casa! Pero ella misma se respondía: voy á desahogarme, á pedirla consuelo, á rogarla que le pida mucho á Dios por mí. Llegaron, bajó del carruaje sin saber qué hacía, llamó con la aldaba, latiéndole violentamente el corazón. Abrióse el zaguán y penetró

á aquella santa mansión que respiraba recogimiento y tranquilidad. La hicieron esperar en el mismo locutorio de los muebles de cerda y de las múltiples estátuas del niño Jesús. No sabía qué hacerse en aquellos minutos de espera. Al fin sus ojos inquietos se fijaron en un objeto que por la puerta mal cerrada se alcanzaba á descubrir en el patio, un laguito artificial que encerrado en sus márgenes de follaje y herido por el sol parecía diamante en cerco de esmeraldas. Ese objeto y su brillo, que de hito en hito miraba, como niño que se complace en que lo deslumbre un resplandor, le simbolizaba algo como halagüeñas esperanzas.

La monja entró cubierta con el velo. Concha se puso en pie.—Buenos días, señora,—dijo con naturalidad Sor Angélica.

—¿No me conoce. . . . . me conoces?—tartamudeó Concha.

—No tengo presente su fisonomía; será porque el velo. . . . . .

—Soy María de la Concepción Echeveste— exclamó ésta lívida como un muerto y con la boca enteramente seca.

Angélica se levantó el velo y apareció su rostro transparente como de cera y sus ojos que radiaban como dos luceros en la ceja de una nube. Y dijo sin transportes: ¡Bendito sea Dios! hermana mía, que has venido.

La muchacha se echó sin darse cuenta, convulsa y sollozando en brazos de la monja. Lo que entre las dos pasó, lo que se dijeron, no lo sé referir, no puedo tanto.

Una hora después salió la pecadora con los ojos enrojecidos. A los ocho días entró á hacer los ejercicios de San Ignacio, y actualmente vive con cierta piedad muy mediocre, sin dejar del todo sus exquisitas comodidades y elegancia, lo cual me hace creer que su conversión no fué tan abnegada como fuera de desearse. En la sociedad no la reciben, pero sí en los templos y ahí quiere ser dominante. Ve con particular predilección á cierta estátua de Nuestra Señora, que tiene en casa, que dizque se llama la *Vírgen del combate* y que más parece Amazona Merovingia que Reina purísima de los cielos. Y procura tener por confesor algún sacerdote afamado y sentarse en lugar notable en las iglesias. Sin embargo,

tiene Concha sus horas en que se siente desolaba y en que el íris de la esperanza parece extiguirse entre las nieblas de su conciencia. Horas en que se halla como abandonada de Dios. Horas que en tiempo de expiación suelen tener los pecadores, y que son como un remedo de aquellos instantes terriblemente sublimes, que por nosotros y por nuestras culpas padeció Cristo en la Cruz, cuando sumergido su cuerpo en las tinieblas del Gólgota y su alma en las negruras del castigo divino, sintióse como abandonado de su excelso Padre. De esas horas suele tener Concha cuando se engolfa en los recuerdos de su pasado.

LOS PESCADORES DE DOTES.

I

Te acuerdas, Berta Molphe de aquel cenadorcillo con techo de rosas blancas, por cuyas rendijas se cuela y entrelaza aquella enredadera de hojas tan profusas como obscuras, cuyo barniz brilla intensamente y cuyas florecitas pálidas son en extremo delicadas? ¿De aquel cenador que hay en la quinta solitaria donde tu bondad y la de tu familia me dieron oportuno albergue y plácido retiro cuando convalecía de mortal enfermedad? Nunca me olvidaré de esos lugares. Allí arribé cuando volvía mi barca de andar queriendo atracar en las costas de la muerte y entró allí como en puerto tranquilo y abrigado. Allí me parecía despertar á nue-

va vida y conocer otra faz del mundo, cuando veían mis ojos la luz caudalosa, las arboledas y las flores de ese repuesto lugarcillo. Sentía como si hubiera sido arrojado por el mar amenazante de la enfermedad á una playa encantada. Todo para mí era nuevo y creía estar soñando, cuando débil y trémulo me paseaba con ayuda de bastón por las arenosas callecitas ribeteadas de fresales, cuando me sentaba cansado en las banquetas rústicas que rodean los gruesos troncos de los umbrosos aguacates, ó cuando contemplaba desde las azoteas el panorama del valle y la magnífica puesta del sol. Pues allí, en ese cenadorcito donde os leía, á petición vuestra y cuando me iban á visitar, los versos *"del fondo del alma"* y donde Lola tu hermana recitó á muchos ruegos su primer ensayo, allí me contaron esta historia que ahora te escribo, no para tu provecho, ya que á Dios gracias no estás en el caso, sino para que se la des á leer á esa amiga tuya de quien me hablaste compadecida la otra tarde.

II

El 20 de Junio de 84, zarpaba de Santander el *Ciudad Condal* con rumbo á Veracruz. En la cubierta había todo ese movimiento de gente que precede á la partida de un navío. Un sacerdote mexicano, el P. Villa, que regresaba de largo viaje por Europa, sentado en un banco junto á la mura de babor leía su Breviario. No léjos un hombre, á todos visos montañés, hablaba con un chico bajito y regordete como un matorral de Asturias. Ambos se parecían como dos gotas de agua, eran sin duda padre é hijo; ambos vestían de la misma tela y el propio color, como si hubiesen recortado para el niño las ropas viejas del padre, y los holgados pliegues de sus pantalones indicaban la ausencia de ropa interior. Estando ambos en pie con desgarbada postura, el hombre callaba á veces y se quedaba mirando con la vista baja, con esa melancolía propia del español apurado, y el mozo aguardaba que le hablasen, indiferente y ojiabierto. La sirena del buque lanzó á

los aires su estridente silbido, el hombre intempestivamente se dirigió al sacerdote y le dijo con hablar muy cerrado: "Oiga, cura, sé que usted va á México, allí va este mi hijo, ahí se le dejo. Lleva quince pesetas y dos cartas de recomendación. Que me le guarde mucho." El padre le miró asombrado sin darse cuenta de lo que era aquello, el hombre le dió un leve cachete al niño y sin mas se escurrió del barco.

En toda la navegación el Padre apénas volvió á ver al españolito (que venía en el entrepuente con veinte ó treinta chiquillos como él que se embarcaron para México con la esperanza de hacerse barrenderos de oro en este fabuloso país) si no era al salir del comedor, á cuya hora allí estaba esperándole para gritarle:—¿Qué no se acordó traerse en el bolsillo algún pedazo de torta? Yo tengo hambre, que acá nos dan solamente bacalao y café negro.—Al llegar á Veracruz, cuando el Padre se disponía á descender al bote, se le emparejó risueño y satisfecho Antolín Borona, que así se llamaba el chico, con la gorrita puesta y el hatillo bajo el brazo, diciéndole:

—Vengo con usted—El Padre no tuvo más recurso que traerle consigo. Cuando saltaron al muelle el P. Vila le preguntó naturalmente por las cartas y el dinero que traía. —Mire usté—respondió Antolín—las pesetas las he *jugao* en el barco y *perdío,* en cuanto á las cartas aquí deben venir—y sacó de un vademecum mugroso, que traía en el seno, dos cartas arrugadas. El Padre leyó las señas de los sobres, una era para Veracruz, otra para México; quiso llevar al chico y entregarlo en la casa que indicaba la primera.

Entraron al almacén de abarrotes. El dueño los recibió sentado al escritorio. Saludóle el Padre con mucha cortesía, obteniendo por única respuesta un gruñido y la sacramental: *¿qué se ofrece?* Mostróle la carta al abarrotero, la abrió bruscamente, pasó sus ojos por ella y dijo, tirándola sobre la mesa:

—Esta carta no es buena

—¿Cómo no es buena?—preguntó el Padre alarmado.

—Es decir, que sería buena si yo no hubiese reñido con el que la escribe; pero es que ya hemos reñido.

—En ese caso usted verá qué hace

con este niño. Yo por pura caridad le he traído. Nada tengo que ver con él.

—Yo tampoco.

—Yo de todos modos se lo dejo á usted.

—Déjele en la calle ó haga lo que le dé su gana.

—No es posible.

—Ya verá como sí lo es.—Y el abarrotero se había quedado mirando á otra parte con español desdén, como indicando que no quería decir palabra más en el asunto. Y el Padre tuvo que cargar otra vez con la pegada cruz de Antolín Borona.

Cuando, á la noche siguiente, se dirigían dentro de un simón por las calles de México, al domicilio que señalaba la otra carta, el Padre callaba y se oía el ceceo de Borona que hablaba algo por lo bajo.

—¿Qué haces, hijo?—exclamó el sacerdote.

—Calle, que voy rezando unas *salves* que le he *votao á* la Vírgen de Santoña porque esta carta sí salga buena. —Y en efecto, salió buena y Borona quedó instalado aquella misma noche con calidad de meritorio en la lonja

de ultramarinos: *"La cuenca del Duero."*

III

¡Qué cosa más bonita es la solemnidad de los premios en el Colegio de las Damas del Sagrado Corazón! El amplio salón de rasgadas ventanas, las graderías laterales cubiertas de alumnas vestidas de blanco con elegante simplicidad, el forito del fondo lleno de luz del día, las religiosas de negro ropaje con larguchas y carrujadas cofias, que gravedosamente van y vienen á medio paso, las guirnaldas de flores artificiales ó de pintado laurel con que el Arzobispo corona á las educandas premiadas, todo eso y otros mil pormenores que no quiero mentar hace delicioso conjunto. Aun los premios repartidos con extranjeriza y transigente prodigalidad, las fabulillas y diálogos escénicos recitados con sonsonete dulce y gemebundo y las peregrinas inclinaciones de saludo á la inglesa que hacen las chicas, con ser exóticas, tienen no sé qué de agradable. Pero lo que sí es hermoso sobre

todo encarecimiento es la ofrenda de las coronas en el devoto templecito de la casa; y lo que hace pensar mucho, y también es muy bello, es la despedida de las alumnas que, concluida su educación, deben salir para siempre del Colegio. Entre éstas se contaba ese año María Hortensia Lazalde, aquella chica muy crecida para sus años, alta y esbelta como una palmera real, aunque no muy bella de rostro. Sus facciones eran casi bruscas, algo desproporcionadas si se quiere, como su carácter, pero lo que es gracia no les faltaba, como tampoco le faltaba color de leche y rosa á su cútis. Dos cosas tenía notables María Hortensia, aparte de su gallardía y estatura, la una era cosa de la cara, la otra del corazón, tenía unos dientes blancos, apretados, firmes y parejos que, siendo muy bonitos, parecían, vamos, capaces de mascar medio mundo. Y tenía en su corazón un deseo tan tenaz como insaciable de ser amada. Había oído cierta vez la consabida frase de que la mujer nació para el amor como el rosal para cubrirse de flores. Habíala tomado al pie de la letra, y sentía sed, verdadera sed de hallarse

quien la quisiera, quien la adorara con todas sus facultades. Hortensia, comprendiendo que sus dientes eran bellos, tenía vicio de mostrarlos, y pensando que el colegio era el mayor obstáculo para dar con su amador del calibre que apetecía, estaba en áscuas por salirse de él. Sin embargo, aquél último día de su estancia allí experimentaba dolor y tristeza por abandonar aquel nido en que al calor de su alma había criado tantas ilusiones, y en donde á la sombra de las buenas madres habían formádose seguros y buenos sus sentimientos. Llegada la hora del embarque, tenía pena y miedo de hacerse á la mar.

Tocóla decir el discurso de despedida á nombre de sus compañeras, y lo dijo ahogándose de emoción; recibió de manos del Prelado la crucecita de oro, que en recuerdo les dan á las que parten, y mojó con dos lágrimas las manos que le rodeaban el cuello con la cadenilla de esa cruz. Cuando se deslizaban por el pavimento del oratorio las educandas, con el blanco tul echado sobre el rostro, coronadas de flores reverentes, sin dejar de oír el rumor de sus pasos, como si fuesen

dos filas de ángeles, cuyo andar ingrave no rozara el suelo; iba tristey cabizbaja. Cuando las bendijeron con el Santísimo Sacramento colocado en el radiante ostentorio; y todas inclinaban la cabeza, ella sintió también doblarse su corazón al peso de inexplicables presentimientos. Y cuando dejó como las otras sus guirnaldas en el perchero colocado junto al altar, creyó haber dejado una porción del alma y salió como fuera de sí de la capilla, y poco después del colegio.

IV

La familia de Hortensia no era rica, pero siempre había jugado á serlo; vivía en casa elegante, tenía coche, vestía á las chicas como princesas y frecuentaba la mejor sociedad: era familia de apariencias, ejemplar de una clase que abunda entre nosotros. Por esto acaso pasaron meses y Hortensia no dió con su *ideal*, con aquel pretendiente, digno de ella, que la amase con todo su corazón, sin reservarse partícula.

Topó, sí, con muchos cortejadores,

pero, ó parecíanle bajos ó no traían á su ver la ofrenda del amor absoluto con que soñaba. Llegó, pues, á adquirir fama de desdeñosa y á presentarse como mujer de nieve, como una especie de Diana cazadora del género cursi, cuando estirada y esquiva paseaba en landó abierto ó discurría por los salones del gran mundo. María Hortensia había sacado unas pretensiocillas. . . . . que ni el *sursum corda* la alcanzaba. Pronto careció de galanteadores, agravóse su sed de amor, padeció histerismo y nostálgias, sus flatos y negros humores se acentuaron y una melancolía insondable anegó su corazón.

V

Antolín Borona, el hortera de *la Cuenca del Duero,* había crecido y crecido trás del mostrador, entre borrachos y criadas Trabajaba como bestia desde las cuatro de la mañana hasta las once de la noche y sabía resbalar con alpargatas á las mil maravillas, mejor que patinador ruso, para despachar garbanzos y aguardientes. Criado

en ese lodo, que en tiendas y cantinas se amasa con alcohol, tenía algo del cerdo que en lodo se cría. Ya no le quedaba ni gasofia de la inocencia que trajo de la montaña santanderina, pero sí toda su rudeza y tosquedad aumentadas en quinta y tercia. Para hablar pestes y obcenidades, de nadie era zaguero. Tenía sus dos ahorros bien guardados. uno de dinero, trescientos pesos de los cien por año que ganaba desde hacía tres, pues los otros dos desde que vino al país casi no le habían pagado. Era el otro, ahorro de vicios que se habían venido almacenando en su corazón todo ese tiempo en aquel medio ambiente fétido y corruptor en que el mozo vivía, vicios de pensamiento, porque los otros costaban. Contaba diecinueve años Borona y tal era cuando conoció á María Hortensia en la fiesta profana que hacen anualmente los espoñoles en el Tívoli, el día de la Santísima Vírgen de Covadonga. La vió Antolín altiva cual ninguna, la creyó muy rica y concibió un *proyecto.*

VI

—Oiga, patrón—le decía Antolín á su amo, una noche después de haber cerrado la tienda—yo quiero ser propietario.

—¿Propietario de qué?—repuso el otro azorado.

—Pues ahí es nada, de tienda.

—Anda, chico, que yo no te guardo arriba de trescientos pesos.

—Por eso, quiero que usted me haga propietario.

—Vamos, que no te entiendo pizca.

—Es el caso que he visto á una rica heredera, que, vamos, me convendría; pero si no me presento con algo de capital, me mandan á. . . . . los *talleres de Cajo;* con que póngame una vinatería, al menos de seiscientos pesos, cuando me case y me venga el dote, le pago el doble y. . . . asunto *arreglao.*

El amo pensó el negocio, creyó que le convenía y. . . . . he ahí que esa tienda pintada de verde, que ostenta un rotulón de rojo y amarillo con el

risible nombre de *"La gran ciudad de Potes,"* abierta frente á los balcones de María Hortensia Lazalde, es *propiedá* del señor Don Antonio Borona. Y hete ahí á Antolín como el asno enmascarado de la fábula, con nuevo disfraz, trás del mostrador ó en la puerta, sacudiéndose á cada minuto el polvo de los pantalones nuevos, atusándose el bigotillo, con el pelo indócil abierto á duras penas por la raya inclinada al lado izquierdo, muy risueño, muy alegres sus ojitos, esperando con paciencia heróica de pescador de caña que aquel dote se le venga al anzuelo.

VII

Cuentan que cierta vez un hombre del pueblo, de lo más pobre, astroso y feo que en la plebe se ha visto, se acercó á una elegante señorita, que sentada con otras jóvenes en la banqueta de un jardín público estaba hecha un sol de hermosura y riqueza, y que, mostrándole un papel sucio, mal doblado y peor escrito, la importunaba diciendo:— Niña, hágame favor de enterarse.

—¿Que es algún memorial pidiendo limosna?—preguntó la dama.—Valla usted á casa, aquí no.

—No, niña, si es que me cuadra mucho su merced y. . . . . á ver si entramos en relaciones.

—Valla usted de aquí, atrevido, canalla. . . . . gritó ella.

—Pues, niña, como yo he oído decir que ustedes las mujeres escogen lo peor, y peor que yo no hay. . . .

Y María Hortensia escogió lo peor, porque en verdad sería difícil hallar un novio peor que Borona. *Marido y bretaña han de venir de España,* solían decir nuestras tatarabuelas. Y acaso por ese apotegma podría haberse regido Hortensia, que presumía de ser purísima criolla y de sangre azul; mas no lo hizo por eso; vió la constancia de Antolín, á quien no le calaban desdenes ni desaires y tomóle por el hombre del amor absoluto que ella apetecía. ¿Qué la importaba fuese quien fuese con tal que la perteneciera totalmente un corazón? Y remedio no hubo y no valieron oposiciones, ruegos ni lloros de la familia Lazalde. Contra todo viento y marea Hortensia fué sacada de su casa y depositada por órden del gobernador y se procedió al matrimonio.

Había un ligero inconveniente: Antolín no tenía ganas de confesarse, habíase vuelto poco católico y medio clerófobo. Pero tenía por dependiente á un pobre batueco, alto y recio como un roble y tonto como un pedernal, y á éste le pagó un par de duros porque fuera á confesarse en su lugar. Y fué el batueco; cuando le preguntaron su nombre para asentarlo en el certificado, dijo llamarse Antonio Borona y ese obstáculo se allanó. Y, señor, que se casaron y Borona se presentó en el templo con tan poco disimulo de su avaricia que llevaba prendidas en la corbata dos perlas negras, que todo el mundo le había conocido á la mamá de Hortensia.

VIII

Muy pronto la luna de miel se cubrió de nubarrones. Hortensia se desengañó, había creído encontrarse un océano de amor y se hallaba sólo una charca. En cuanto á Borona. . . . .

también se desengañó. ¡Qué chasco! La muchacha no poseía arriba de tres mil pesos de capital. Antolín no durmió toda una noche y partes de otras pensando en aquello que no parecía cosa de verad sino pesadilla.

—¡Venir á América—exclamaba Borona entre interjecciones soeces y tirándose de los pelos—trabajar como acémila, hacer el amor con la paciencia de un perro y atarse con el matrimonio para dar en la miseria de ruines tres mil duros! Y ¡tener que pagarle seiscientos de ellos á su ex-patrón! Borona reflexionó mucho sobre aquella desgracia y pronto apareció dominándole la atrabilis que le arrastraba á maltratar de palabra y aún de obra á *su señora*. Y pronto la tristeza arrebujada en su albornoz de sombra se sentó en aquel hogar.

A fuerza de reflexionar el abarrotero concibió un segundo *proyecto*. Tenía Hortensia una hermana menor, Blandina, niña apénas núbil, alta, delgada, esbelta y linda como vara de nardo, inocente y buena como una palomita. A ese ángel le echó el ojo el *gachupín* para su *proyecto*. Si lograba casar á Blandina con su dependiente

el batueco que era tan alma de cántaro; él (Borona) manejaría los otros tres mil durillos. Pues ¡manos á la obra! Una noche se entabló este diálogo entre patrón y dependiente.

—Oye, Toribio, ¿has *notao* qué guapa es mi cuñadita?

—¡Uh! sí, D. Antonio es una perluca la niña Lupe.

—No digo esa, penco, la otra, la Blandina, que sí es oro en paño.

—¡Uh! sí, guapa como el peral del tío Roque de mi pueblo.

—¿No te gustaría para casarte con ella?

—¡Uh! si yo soy un pobre, mas feo que el enanuco del Rey del cuento que me contaba mi *agüela*.

—Eso no hace al trapantojo. Haremos un trato.

—Usté determine, patrón,

—Tú le cantas el amor á la mocita, yo te protejo y hago que *mi señora* te ayude y si te casas yo administraré el dote, porque tú no sabes.

—¿Estamos?

—¿Qué si estamos? Por el Cristo de Burgos que vino por la mar, que sí—replicaba el batueco sonriendo sandiamente.

IX

La tarde de un domíngo Hortensia consumó el gran sacrificio, no por generosidad, no por grandeza de alma, por vileza, por cobardía. Su marido la había urgido con brusquedad, con amenazas á que inclinase el corazón de Blandina á aceptar el amor de Toribio, y ella no pudo resistir, tuvo miedo, y ella, la altiva, la desdeñosa, humillada como leona á los golpes del domador, comenzó mansamente á insinuar en el ánimo de su hermana que ya era tiempo de que amase. La débil niña la escuchó asombrada al principio, pintóse luego de rubor y acabó por sonreír como una loquilla. Hortensia, cuando hubo terminado su coloquio con ella, no pudo más, salió á la próxima habitación á enjugarse los ojos, el alma se le despedazaba de haber tenido que desempeñar tan innoble papel y con su propia hermana. Comenzó ésta á recibir cartas, que redactaba y escribía Borona, porque su dependiente—decía él—no andaba poco lerdo que digamos en estilo y orto-

grafía; pero con todo eso las dichas cartas resultaban, como su autor, insoportables. La chica se divertía con ellas, rogaba á Hortensia que se las explicase, lisonjeábala que le dijesen piropos aunque fueran de batueco y agradábala sobre todo, que la dijesen fruslerías. Cierta vez la envió Toribio por consejo de Borona un rorro muy grande, muy rubio, de ojos muy azules, que decía: *papá y mamá,* que la hicieron creer entre la hermana y el cuñado era su vivo retrato y que la hechizó por completo. Lo que acabó de prender en amor el corazón inocente de Blandina fué ¿quién lo creyera? el oír las zafias pláticas de Toribio. Los domingos en la tarde, que el patrón le permitía subir á conversar un ratito con ella, él hablaba apénas, todo cortado y lleno de turbación; más cuando la niña le preguntaba de su tierra y familia, el pobre mocetón se soltaba contando con humilde franqueza los trabajos de su infancia pasada en guardar ovejas en los hórridos y escarpados riscos de su patria, cómo *la quinta* le había arrancado de su hogar, la tierna despedida de su madre cuando se apartó para siempre,

sus penas en la guerra de Cuba, los bancos de palos que recibió en el cuartel y su fuga al través de la *manigua*. Y le mostraba sus horrendas cicatrices y sus brazos *tatuados* y alguna que otra lágrima rezagada que tenían los ojos del pobre imbécil y Blandina acababa por llorar de compasión. Era aquello reproducción, algo cursi, de la escena en que Otelo le relataba sus aventuras á Desdémona, hasta por el contraste que hacía el membrudo y moreno jayan con la delicada y blanca niña. En suma, que enredada Blandina en tantos hilos, como de consuno tejían su hermana, su cuñado y el batueco, cayó indefensa como mosquita en telaraña. Sus amores tuvieron mucho de forzados, lo que tiene de feo una flor que sorprende en capullo y abre á mano el jardinero. Pero al fin Toribio la llevó al altar, y fué ese día el pobre sin hallar qué hacerse con las mangas de la primer levita que le llegaban hasta las falanges, y con la corbata que pugnaba por estrangularlo.

X

D. Antonio Borona allí está muy satisfecho, orondo, radiante, en su nueva tienda *"La Audacia."* Esta sí que es tienda, con cinco puertas, rótulo de marmaja y oro, escaparate de limpio y ancho cristal, colmado de botellas lujosas, de chorizos, uvas, frutas secas, langostinos y tortuguitas vivas, con su piso nuevo cubierto de aserrín, su mostrador esbelto coronado de modernas balanzas, de bandejas con viandas y del enorme queso de Gruyére, sus pilas de cajitas de conservas y sus ringleras de frascos y botellas desde las cristalinas y sutiles de anisete Mayorquin hasta las barrigonas y negras que contienen el aristocrático Champaña. Esta sí que es tienda, establecida con los dineros de su mujer y su cuñadita. Ahora sí que Borona marcha boyante y feliz. Allí está Toribio trabajando siempre como un negro, y allí está también clavado en una de las puertas un escudo de hoja de lata con un dragón rojo en campo negro, señal de que la casa está ase-

gurada de incendio, porque el previsor Borona ha tomado una póliza de diez mil pesos por lo que pudiere acontecer; en fin, que Borona ha concebido un tercer *proyecto*.

XI

Borona y sus dependientes dormían en la trastienda. Todo era obscuridad en el interior de *"La Audacia."* Se escuchaban en sinfonía los acompasados ronquidos de Toribio y sus compañeros. Antolín levantó la cabeza en su cama.— Duermen profundamente — dijo para sí y se escurrió de las sábanas descalzo y medio desnudo. Anduvo á tientas rumbo al mostrador, se metió debajo de él, volcó por torpeza un alcuza de aceite, dió al fin con lo que buscaba, una garrafa con aguardiente, raspó un fósforo con mucha cautela, lo aplicó á la superficie del líquido. La llama azulada é indecisa comenzó á levantarse, serpeó fluctuando y llenó el vaso. Antolín la vió crecida ya y vigorosa, retiróse del sitio y se metió en su cama. Es de saber que Borona llevaba diez días de estar

vaciando la tienda clandestinamente, substrayendo y vendiendo lo que de más precioso había en ella y en vista de lo cual la Compañía aseguradora había extendido la póliza de diez mil duros. Antonio esperó con suma inquietud en su lecho, observando minuciosamente los reflejos pálidos y violáceos que podían verse por la puertecilla entornada. Después de un minuto los reflejos se tornaron más vivos y amarillentos: la madera del mostrador ardía ya. Antolín aguardó alerta. Un olorcillo acre flotaba en el ambiente, la claridad aumentaba, pronto se oyó el zumbido de las llamas. Antolín saltó de la cama gritando: ¡Toribio! ¿qué se quema? ¡Toribio! Sacudió por el brazo al batueco, despertó éste azorado, dieron voces, se incorporó otro de ellos y Antolín ganó el patio gritando: ¡Socorro! ¡socorro! Media hora después el incendio de *La Audacia* estaba en su apogeo. Inmensas lenguas de fuego escupidas por las cinco puertas lamían retorciéndose los muros, el mostrador mercantil sudaba gruesas gotas de una mezcla indefinible, entre la trápala de las llamaradas se oían en su vientre

los traquidos de las botellas y estallar con estruendo de cañonazos los barriles medio vacíos y la humareda, espesa y teñida de reflejos, se agitaba en los aires como revolviendo sus brazos en los espasmos del dolor. En la calle los bomberos atropellaban gente, muchos jefes de policía y próceres y militares, que habían venido daban órdenes contradictorias, la plebe se había apiñado y de aquí allí, levantando las manos al cielo, llorando, desseperándose y dando voces de que estaba arruinado. Pues, señor, que la lumbre se lo comía todo y que Borona con algunos trabajos logró que la Compañía aseguradora le pagase las diez mil águilas.

Diez días después Antonio había desaparecido, su mujer se volvía loca de dolor, muchos pensaban que se había suicidado de pesar, el batueco Toribio le buscaba afanoso por todas partes y algunos, paisanos de Borona, al oír los rumores, que en público andaban, sonreían maliciosamente. Y Borona no parece hasta el día.

XII

Tal fué la historia que me contó en el cenadorcito de las rosas blancas la misma Hortensia. Llegó una mañana acompañada de mi madre á ese lugar cuando yo estudiaba. Estaba inconocible, demacrada, sin poder tenerse en pie, la respiración fatigosa y descompuesto el semblante, Había quedado en la última miseria y enferma del corazón. Como supiese que yo estaba en el pueblo, donde una antigua compañera de colegio la tenía de limosna en su casa, fué á contarme sus penas para consolarse algo y á despedirse de nosotros para siempre porque se iba á otro día al hospital, de donde temía no salir más. Yo la pregunté por su hermana, cuando hubo concluído el relato de su infortunio.

—Está muy pobre—me dijo—Toribio gana al mes veinte pesos y no cuenta con más. Figúrese usted á la desdichada de Blandina viviendo en un cuartucho, muy mal vestida y medio muerta de hambre.

—Y ¿sabe usted algo—la pregunté

—del rumbo que tomó su esposo?. .

—Sé que está en una republiquita *mayor ó menor* de Centro América, haciéndose muy rico en negocios puercos con el gobierno.

Todos callamos. María Hortensia sonrió con infinita amargura, enseñando sus dientes *blancos, apretados, firmes y parejos,* que aún quedaban como ironía del pasado en aquel rostro disforme y macilento. Cuando la acompañé hasta la puerta, no habló casi nada. En la puerta me despedí de ella con esa tristeza profunda con que se ve partir á álguien, que nunca se ha de volver á encontrar en la tierra. Yo estaba convencido de que se despedía para siempre. Lleno de conmiseración la ví alejarse apoyándose en la pared; y pensé en Dios, mar en que se lavan las almas y beben el olvido de sus desdichas.

P. D.—Sobre la plancha, no del todo limpia, del Hospital H. yacía un cadáver de mujer, cuya blancura y fineza indicaban que era de gente algo distinguida. El Dr. Gal, nuestro conocido, daba una lección práctica de patología interna, había rasgado el pecho con gran maestría y mostraba en

su mano el corazón de la muerta, el corazón de Hortensia ¡infeliz! haciéndoles notar á los discípulos la descomunal hipertrofia del músculo. Uno de los estudiantes, algo romántico, murmuró:

—Esa mujer debe haber amado mucho y sufrido más.

—¿Por qué lo dice usted?—preguntó Gal.

—Por el estado de ese corazón.

—No; si la ciencia moderna ha demostrado que el corazón no es órgano de sentimiento alguno.

—¡Ah!